

## 27. EL FARISEO Y EL PUBLICANO

**Introducción.** En la introducción de esta parábola Jesús nos explica a quién va dirigida. A los que confían en sí mismos y desprecian a los demás. Algo que tenemos muy arraigado es nuestra tendencia a juzgar nuestras vidas y a las de los demás, con una clara superioridad moral respecto a los demás. Jesús en su vida pública experimentó en su propia carne la dureza de los juicios que emitían sobre Él. Le llamaron endemoniado, borracho, comilón, amigo de publicanos y de pecadores. Que estaba loco, que actuaba con el poder de Belzebú. Que era blasfemo y que merecía morir como los malditos: crucificado en una cruz. En sus palabras repetía continuamente que no nos toca juzgar. *«No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados;<sup>8</sup> dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros» (Lc 6,37-38).* Ese fue el pecado que cometieron nuestros primeros padres Adán y Eva. Podían comer de todos los frutos del paraíso, menos del árbol del conocimiento del bien y del mal, eso sólo le toca a Dios. Pero nosotros nos empeñamos en aplicar nuestros propios criterios y prejuicios a la realidad, empeñados que todo quepa en nuestros moldes prefabricados y no acoger la realidad, tal y como se nos manifiesta. Todo lo que sobresale y no encaja en las cuadrículas lo rechazamos y lo queremos cambiar. Ese juicio continuo tensa la vida y nos llena de frustración. Y sobre todo nos aleja de la mirada compasiva que nos regala Jesús, que no se fija en las apariencias, sino en el corazón.

**Lo que Dios nos dice.** *«Dijo también esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lc 18,9-14).*

La parábola no necesita mucha explicación. Nos presenta dos formas de dirigirse a Dios. Una la del fariseo, destila pulcritud, observancia estricta de la Ley, cumplimiento, fidelidad. Parece ser modélica. Un creyente que cumple al pie de la letra lo que Dios le pide, incluyendo ayunos, limosnas, oración. Paga el diezmo. Lo que Jesús detecta es que detrás de todas esas “buenas acciones”, se esconde una soberbia espiritual que le aleja del corazón de Dios. Eso se manifiesta en la comparación y desprecio hacia la vida del publicano. El fariseo generaliza a todos los que no son él como: “ladrones, injustos, adúlteros” y es precisamente lo que le define a él mismo. El fariseo es un ladrón, porque le ha robado a Dios su papel de juez. Ya se encarga él de repartir carnet de quien es un buen creyente y quien no. Eso pasa mucho en nuestro mundo. Yo, según mis propias afinidades y juicios, decido quien es bueno y quien es malo. El fariseo es injusto, porque sin conocer lo que viven los demás, sus circunstancias, deciden sobre la intención y la voluntad con la que hacen las cosas. Y es adúltero, porque adultera y corrompe, esencialmente, el ser de Dios. Dios es compasivo y misericordioso. Así se define Dios a sí mismo. Es amor. Pero el fariseo lo presenta como un juez que valora y rechaza a sus hijos, si actúan como Él decide.

En cambio, el publicano es un hombre de pocas palabras. Sólo pide compasión. No explica nada, no sabemos el origen de sus sentimientos. Solo deja espacio en su propia vida a la acción de Dios. El resultado, según Jesús, es que salieron de la oración de dos maneras totalmente diferentes. Uno muy cerca de Dios, justificado, transfigurado, salvado. El otro volvió a su casa reafirmando sus posiciones. Con una autorreferencialidad que no deja espacio a Dios. Entró y salió del encuentro con Dios sin experimentar su abrazo misericordioso. Qué difícil, dirá Jesús, que un rico entre en el Reino de Dios. No porque Dios lo ponga difícil, sino porque no acudimos a Él con las actitudes necesarias. Dios no quiere nuestros méritos, nuestros logros, nuestros trofeos. Un corazón contrito y humillado Dios nunca lo desprecia.

**Como podemos vivirlo.** No moralicemos la vida. No estemos todo el rato pensando en lo bueno o lo malo que ocurre. Dejemos que la vida se manifieste con toda su densidad. Que acojamos las circunstancias y a las personas como son, y desde el punto dónde están recorramos el camino acompañando, amando, cuidando y que sea Dios el que juzgue. A nosotros nos toca amar y bendecir. No juzgar, condenar o maldecir.